

LA MULA MUERTA



En el campo también hay dramas, y hoy me he tropezado con uno verdaderamente trágico. Ha sido en un pequeño cortijo situado al borde del río, poco más abajo de donde se junta con la rambla de Mulería. El cortijillo está en un altozano al borde del camino, y al llegar a él a primeras horas de la mañana, en compañía de mi asesor, el tío Alfonso, hemos encontrado a toda la familia que lo habita, el padre, la madre, y tres zagales entre los cinco y los diez años, sumidos en la mayor angustia. La mujer y los chiquillos lloraban a moco tendido y el padre, aunque sujetaba las lágrimas, mostraba el pobre un gesto de abatimiento impresionante. La cosa no era para menos.

La causa de aquel lastimoso cuadro de dolor familiar se debía a que, una hora antes de llegar nosotros a la casa, se había muerto la "Bandesa", la única mula que poseía aquella infeliz familia para el arreglo de su hacienda. Una prenda de animal, según nos explicó con voz entrecortada su atribulado dueño. La única que tenía para engancharla con la burra que estaba en la cuadra y formar el par que le permitía al hombre labrar las cuatro fanegas de tierra de su pequeña finca.



La muerte de la mula le dejaba en la estacada, "extravíao", como él decía, porque se quedaba sin par para el arado y, lo que era peor, sin bestia de tiro para el carro, con el cual hacía portes cuando no tenía faena en la tierra. Con la mula enganchada en las varas y la burra en la reata, su carro era capaz de llevar un monte sin atrancar en ningún paso. Sin su mula se quedaba desarmado, y como no disponía de cuartos para comprar otra, el porvenir se le presentaba con mala traza; muy mala.

Efectivamente, era una tragedia que justificaba plenamente la desesperación de aquella pobre gente y que lloraran y ensalzaran las virtudes de la mula muerta, como si se tratase de la pérdida de un familiar.

El hombre no supo explicarnos de qué enfermedad había muerto aquella valiosa prenda de su casa. Una mula que estaba en siete años; en lo mejor de su vida. ¡Lástima de animal!

Nos informó que llevaba ya tres días sin querer comer ni beber agua, estando como adormilá en la cuadra, con las orejas gachas y frías, señal de calentura,

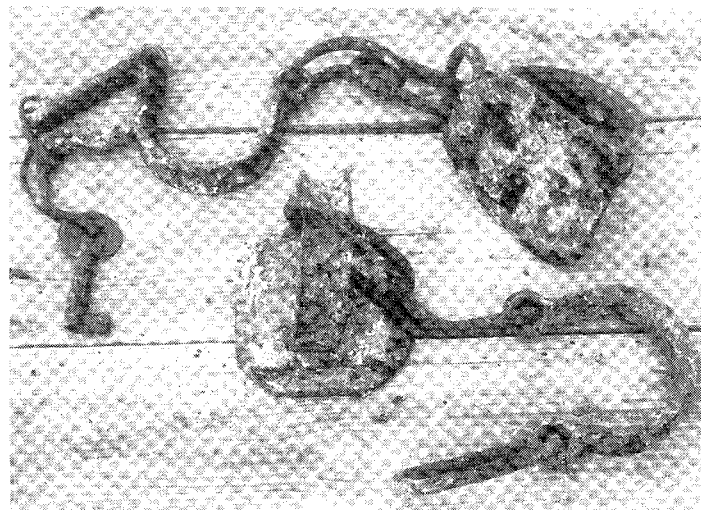
y el morro apoyado en el pesebre. Y era una mula de muy buena barra que daba gusto verla comer.

Al principio pensó que lo que tenía era una miaja de asiento de cebá, porque la tarde antes de aparecer maluja y tristoná, se había soltado en el rastrojo donde estaba paciendo con la burra y se había enganchado a comer espigas de los haces de mies que había apilados en el caballón. No le dió mucha importancia a la cosa, porque los asientos de grano se quitan con una lavativa de agua con jabón, que es lo que tenía más a mano. Pero al día siguiente tuvo que corregir el dictamen del asiento de cebada, porque la mula comenzó a cagar una papilla verde sin rastros de cebada, lo que quería decir que estaba “escagarruciá”, y que su dolencia no tenía nada que ver con la cebada, ya que cuando una bestia coge un asiento de cebada, por darse un atracón de grano solo, lo que ocurre es que se le forma una bola de harina seca en el estómago, y el problema es que no puede cagar ni blando ni duro.

Ásí pues, a la vista del “escagarrucio”, tuvo que pensar el hombre que quizás la mula habría comido alguna mata dañina mientras pacía en el rastrojo y que de ahí le venía el mal. El problema era saber qué mata le había hecho daño para ver de aplicarle el remedio oportuno, porque para todas las dolencias hay su remedio. El y su mujer buscaron en el rastrojo por si descubrían algo sospechoso, pero no vieron nada. Además, la burra estaba paciendo en el mismo sitio y no se había puesto mala. Era un misterio lo de la mula.

Entre él y su mujer probaron a purgarla con aceite de oliva, engargantándole una botella, pero la mula apestillaba la boca cada vez que lo intentaban y no hubo manera de hacerle tragar nada.

La noche última le habían entrado unos temblores muy fuertes, como de tener calentura y frío, hasta tal extremo, que tuvieron que echarle una



Trabas para mulas o caballos

manta y una jarapa para abrirla, y aunque al rato se le pasaron los temblores, ya comenzaron a pensar él y su mujer que la mula tenía una dolencia grave. Tanto es así, que aquella misma mañana él se había levantado dispuesto a ir al pueblo en busca del veterinario, para traerlo a la casa, aunque tuviera que pagar el coche y la visita.

No le dió tiempo a gastar los cuartos, porque como en la cuadra no había bastante luz, ni tampoco anchura para que el veterinario pudiera hacer el examen en condiciones, pensó que lo mejor era sacarla y ponerla en el chambao del carro, donde daba el sol de lleno toda la mañana y el animal estaría mejor.

La sacaron a empujones de la cuadra, porque la mula no quería, o no podía caminar, y la llevaron al sitio. Pero al ratico de estar en el chambao, al sol y al aire libre, le dio como un calambre muy fuerte y comenzó a bandear la cabeza de un lado a otro, con la boca abierta de par en par, como si buscara aire que respirar, hasta que pronto dobló el cuello, se

veníó a un lado y cayó al suelo con las patas tíasas y los ojos abiertos. Se había muerto sin dar tiempo a que acudiera el veterinario.

Fuimos a ver la mula tumbada bajo el chambao. Seguía con los ojos abiertos, pero grises y opacos, y, por los orificios de la nariz y por la boca, se le escapaba un moco amarillo verdoso.

No podíamos hacer nada para mitigar el dolor de aquella familia, salvo aconsejar conformidad y resignación como se hace cuando se da el pésame por la muerte de una persona. Si podíamos, en cambio, prestarle una ayuda que le era muy necesaria al hombre para deshacerse del cadáver de la malograda "Bandesa".

El procedimiento que generalmente se usa en el campo para deshacerse de una bestia muerta no es enterrarla, como sería lo más prudente y lógico, sino abandonar el cadáver en cualquier lugar apartado del tránsito de personas y animales. Un barranco escondido, una rambla o el cauce seco del río. Como en este caso el río era el que estaba más a mano, el cadáver de la "Bandesa" ha ido a parar a un anchurón del río.

Para ello ha sido preciso arrastrarla, desde la casa y río arriba, en un trecho de más de medio kilómetro. Para esta maniobra ha sido decisiva nuestra ayuda, o mejor dicho, la ayuda de la burra que trae el tío Alfonso, que enganchada para formar par con la burra que le ha quedado el afligido propietario de la mula, han llevado a cabo el arrastre. A pesar de ser dos burras tirando, les ha costado trabajo rematar la tarea.

La escena del arrastre me ha traído al pensamiento las corridas de toros, porque el arrastre de la mula era una cosa parecida al arrastre del toro una vez muerto. La diferencia está en que, en lugar de un par de mulas gordas y enjaezadas con cintas y cascabeles, tirando en trote alegre de un toro, entre

aplausos y música, lo que aquí se ofrecía a la vista del espectador era el cuadro silencioso y triste de dos humildes burras arrastrando, a paso lento y trabajoso, a una pobre mula muerta de no se sabe qué.

He contemplado toda la patética escena del arrastre desde la esquina de la casa, junto a la mujer y los tres zagales que seguían llorando a lágrima viva.

Al llegar al punto elegido, un gran anchurón del cauce, han dejado el cadáver de la "Bandesa" en mitad del río, y los hombres y las burras han vuelto a casa. Sobre la superficie gris clara de las secas arenas del río, el cuerpo de la mula negra campea a lo lejos como una extraña verruga que le ha salido de pronto al paisaje.

La mula no ha estado sola en mitad del río mucho tiempo, porque poco antes del mediodía han aparecido en escena dos gitanos con un burro, que se han dedicado con gran diligencia y pericia a quitarle la piel; a "sollarla" como dicen ellos.

Por lo que me dicen, es absolutamente normal en estos campos que, al morir una bestia, aparezcan de inmediato los gitanos a "sollarla", para aprovechar la piel que puede valerle unos cuantos duros en las fábricas de curtidos de Lorca.

De cómo se enteran los gitanos que hay una bestia muerta en determinado paraje, es un misterio impenetrable, pero lo cierto es que se enteran y acuden prestos a quitarle la piel. Tan eficiente resulta su servicio de información, que es rarísimo el caso de que se pierda una piel por no llegar a tiempo el gitano desollador de turno. Siempre aparece alguno en el momento justo para aprovechar ese importante despojo.

Al marcharse los gitanos, que han tardado muy poco en realizar su macabra operación, el cadáver de la mula ya no semeja una berruga negra sobre la resplandeciente bañada por el sol, sino un bulto de tonos rosados parecido a un tomate gigante.

Hasta que desaparezca totalmente del terreno, este montón de carne y huesos no carecerá ni un solo instante, tanto de noche como de día, de un nutrido y variado acompañamiento. Es lo que podríamos llamar el homenaje póstumo de los animales vivos a la bestia muerta.

Los primeros en llegar siempre a la cita funeraria, después de los gitanos, que al quitarle la piel les facilitan la tarea, son los inevitables grajos (cuervos) que, gracias a sus constantes vuelos de reconocimiento, descubren con una rapidez asombrosa cualquier cadáver que aparezca en su demarcación, por muy apartado y escondido que se encuentre, y a veces, incluso, cuando el cadáver ha sido enterrado muy superficialmente, como ocurre a veces con los cerdos que mueren, que suelen enterrarlos. En este caso, la pista se la proporcionan los perros.

Los grajos realizan siempre sus vuelos exploratorios por parejas, anunciando su presencia con el característico graznido a intervalos de ¡Gráa! ¡Gráa! ¡Gráa! que, más que un grito o graznido, creo que debe ser una clave de comunicación a gran distancia para mandarse aviso unos a otros, ya que al poco de marcharse los gitanos apareció una pareja de grajos posada sobre la masa de carne de la mula. Pero una hora más tarde, eran más de una docena los grajos que danzaban a su alrededor con su andar torpe y bamboleante. También se veían algunos pájaros pequeños moviéndose entre ellos. Eran las abubillas, que también acudían al festín alertadas quizás por el aviso de los grajos. Durante toda la tarde la mula estuvo muy bien acompañada de aves.

A la puesta del sol, desaparecieron de escena los grajos y las abubillas, pero entonces tomaron el relevo, en lo que podríamos llamar el velatorio de la mula, los perros de los cortijos de los alrededores, incluyendo, por supuesto, los dos perros del propio cortijo de la mula, que como más allegados a la difunta no podían faltar a tan piadosa cita.

Para estos perros cortijeros, que a lo largo del año no ven más carne que la que pueden agenciarse por su cuenta cazando conejos y liebres, la muerte de una bestia, o de cualquier animal doméstico, representa la ocasión de un festín continuo durante los dos o tres días que puede durar la carne.

La labor de los grajos durante el día no se había notado en el bulto de la mula, porque sus picos solo habían atacado las partes blandas, pero el trabajo de los perros durante la noche sí se apreciaba perfectamente a la otra mañana. Ya el esqueleto de la mula comenzaba a dibujarse por el costillar despojado de carne. Más de la mitad de la carne, o lo que es igual, toda la parte superior del cadáver había desaparecido en una sola noche, devorada tranquilamente por sabe Dios cuántos perros de los alrededores. Y digo tranquilamente, porque a pesar de reunirse tantos como acusaba el despojo de carne y de ser competidores unos de otros en tan importante tarea, no se produjo entre ellos el menor disputa que alterase la paz de la noche. Todos se dedicaron a comer hasta hartarse en la más perfecta armonía.

Al día siguiente se repitió el festín en el mismo orden de invitados. Primero los grajos y las abubillas, aunque ya no en solitario como el primer día, sino acompañados de algún que otro perro rezagado a los que no parecía molestarles mucho la presencia de las aves. A la noche volverían los perros en manada a proseguir el descuartizamiento, y si éstos se retiraban pronto, quizás acudirían también las zorras y las liebres.

Me aseguran los entendidos en la materia que las liebres son también aficionadas a comer carroña. Ni lo afirmo ni lo rechazo, pero algo debe hacer de cierto en ello, puesto que conozco a muchos hombres del campo que le tienen cierto reparo a comer carne de liebre, porque dicen que las liebres comen de todo, y en este todo va incluida al parecer la carroña.